

CINE

"Supersonic man"

Es habitual desde años el siguiente pensamiento de algunos cineastas: "Si la gente cree que el mejor cine del mundo es el norteamericano, hagamos nosotros el cine norteamericano". Japoneses, italianos y españoles combaten muchas veces por disimular su nacionalidad contratando pésimos actores yanquis como protagonistas de sus películas, cambiando los nombres de otros nacionales para dar mayor verosimilitud a la cosa, plagiando de mala manera las modas del cine USA para realizar, en definitiva, unos extraños y ambiguos productos que, generalmente, no pueden competir con la brillantez técnica de los originales que imitan. En aquellos terroríficos "westerns" que se hacían aquí hace tiempo tenemos un buen ejemplo de ello.

Ahora, el español Juan Piquer ha decidido realizar su película extraterrestre con Superman incluido. Y lo curioso es que, aparte de algunos efectos visuales realmente lamentables, el resto le ha salido como una típica mediocridad americana. Olvidando los grandes supermanes, no siempre el cine americano es como se cree, y son ellos los primeros en darnos gato por liebre. Este "Supersonic man" podría estar, por lo tanto, a la altura de mucha baratija como se nos proyecta últimamente. Tiene, al menos, todo cuanto debe tener: sus explosiones, sus viajes espaciales, su ridícula historia de amor, sus robots, su personaje empeñado en dominar el mundo (en este caso, cumpliendo el papel que le ha otorgado "el destino"), sus chistes, su victoria final, todo cuanto es común en lo peor del género, sin el menor ápice de novedad o inventiva. Lo que nos vemos obligados a padecer cuanto se proyecta sabemos que "Supersonic man" es una película más de las que no hacen historia. Juan Piquer ha conseguido ese objetivo.

Lo que uno se pregunta es

para qué tanto esfuerzo, tanto empeño en rodar en Nueva York, tantas ganas de imitar lo ajeno, cuando lo ajeno es tan tonto y en ocasiones poco comercial. Pero eso son ya cuestiones morales o psicoanalíticas. Lo que está claro es que aquí ha habido que inventarse una infraestructura de rodaje e invertir un montón de dinero para conseguir un producto anodino que ya existía mejor. ¡Qué cosas tan raras hace la gente! ■ DIEGO GALAN.

"Carga maldita"

Se empiezan ahora las "nuevas versiones" de viejos éxitos cinematográficos. En el último Festival de Cannes se anunciaban los rodajes de "Casablanca" ("Caboblanco" ahora) y muchos títulos de los antiguos Hitchcock. Como parte de la moda, William Friedkin (el director de "French Connection") ha adaptado otra vez la legendaria novela "El salario del miedo", que Clouzot convirtió en obra maestra en 1952. Para justificar su condición de director brillante y espectacular y para no parecerse demasiado al director francés, Friedkin ha trastocado los términos de aquella película insistiendo ahora más en lo que marginaba y, en contrapartida, suprimiendo lo que formaba su auténtica entidad. Si Clouzot narraba las peripecias psicológicas de unos hombres conduciendo el camión con nitroglicerina, Fried-

kin insiste más en las aventuras personales de esos personajes y en las razones que les llevan a la aceptación de ese trabajo, limitando la aventura del camión a unas cuantas secuencias típicas del género de aventuras. Su trabajo, por lo tanto, se hace más epidérmico e insustancial. Sin duda, mucho menos interesante.

Sin embargo, Friedkin sabe lo que se hace y así, por ejemplo, expone en unas cuantas pinceladas maestras las condiciones de vida de un poblado sudamericano que vive la regresión de un dictador auspiciado por la política yanqui. Por otra parte, sabe cómo fascinar al espectador con unos cuantos "números" espectaculares que sólo el cine yanqui es capaz de hacer (el camión atravesando un débil puente de cuerdas, bajo la lluvia, por ejemplo). Cambiando los términos, ha encontrado la manera de poder hacer una nueva versión de la historia sin que su fama de director con gancho decaiga en ningún momento. Lo que ocurre, no obstante, queda ya explicado más arriba: su trabajo carece de auténtico talento, reemplazado por simple habilidad. "Carga maldita" puede ser olvidada en cuanto termina de verse mientras que "El salario del miedo" sigue de alguna manera recordándose. Puede que eso no le importe demasiado, y quizá tenga razón. Pero el olvido en este caso es simple consecuencia del aburrimiento. ■ D. G.

"Carga maldita", de William Friedkin.



"Frente al mar"

Tercera película del sevillano Gonzalo García-Pelayo ("Manuela" y "Vivir en Sevilla" son las anteriores), empeñado esta vez en mostrarnos la represión sexual que padecemos quienes nos educamos bajo el franquismo. Para ello, se ha inventado un "intercambio de parejas" entre tres jóvenes matrimonios, coordinado por uno de sus miembros, psiquiatra progre.

Lo malo del invento es que para contar cuanto quiere, García-Pelayo (con guión de José María Vaz de Soto), en lugar de crear una estructura dramática que revele sus intenciones, ha preferido que los personajes lo expliquen en largos y monótonos diálogos. Como el texto es reiterativo y muy duro de interpretar, los malos actores de la película tartamudean para dar aire de verosimilitud o recitan como si fuera un texto escolar, provocando de una u otra manera la evidencia de que cuanto se dice es falso, aunque fuera de la película responda a la verdad. Son distintas —ya se sabe— la realidad cinematográfica y la de la calle. La habilidad para transformarlas en una sola es precisamente lo difícil del lenguaje cinematográfico.

"Frente al mar" es, por tanto, un honesto intento de aportar claridad a la vida de los reprimidos espectadores, pero tan ausente de dramaturgia, de inventiva y de salero (aunque a veces no de humor), que los espectadores de salas "S" a los que se ha destinado la película, se quedan perplejos sin encontrar lo que buscan, y "Frente al mar", sin convencer a los que no estuvieran convencidos. Es estupendo que se hagan películas como ésta, impensables en tiempos de Franco, pero al mismo tiempo lamentable que no se produzcan con el conocimiento cinematográfico que años anteriores nos han permitido adquirir. Estoy convencido de que si García-Pelayo hubiera supeditado sus ganas de broma a un mínimo de rigor (sin perder por ello el humor), hubiese alcanzado grados más interesantes para su trabajo. El que ha hecho puede verse o no con simpatía, pero personalmente dudo de la pretendida eficacia de su proyecto. Porque si hasta este ha sido ridiculizar a